

Angélica Gómez

**La vida
a palo seco**

Angélica Gómez

La vida
a palo seco

grádo cero [á] narrativa

grádo cero [ã] narrativa

© Angélica Gómez, 2006

© Grand Guignol, s. L., 2006

Ilustración de cubierta: Jesús Sanz

Diseño de colección y maqueta: Elena Costa Krämer

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

gg grand guignol
ediciones

Gavilanes, 1 – 28035 Madrid
e-mail: grandguignol@telefonica.net
www.grandguignolediciones.com

Depósito legal:

ISBN-10: 84-934428-9-5

ISBN-13: 978-84-934428-9-7

Impreso en España

Julia

Julia, que imagino de mucha melena azabache, caderas anchas y tobillos tatuados, cierra inmediatamente los ojos para quedarse por primera vez a orillas de María, procurando cruzar todas sus fronteras hasta hallar puertas, sobreviviendo en un océano desconocido a mucha profundidad.

Ahora es un pez capaz de remover las aguas más serenas de una hermosa mujer que para ella representa a todas las mujeres. Siente brillar la punta de su corazón, la muerte veloz, el susurro que se le escapa, que la suelta y la guía lo mismo que la rubia lasciva de una peli porno.

El placer tomará su cauce natural, se volverá pregunta demasiado frágil o abstracta para ser contestada. Por eso, las dos mujeres se visten sin cruzar palabras, apenas sin dedicarse una mirada completa sin ser lo que, hasta hace unas horas, habían sido.

Se despiden en el umbral y María, que le sonrío, no puede evitar decirle:

—¿Cuándo te vas a quedar?

Julia la contempla con toda la tristeza del mundo aunque también le sonrío.

Regresa a casa a las ocho de la mañana. Sabe que no volverá a verla. Se mete bajo sábanas de colores calientes procurando no hacer ruido. Los balbuceos de su hijo que duerme en la cuna paralizan sus

pasos como cuando era adolescente y se cagaba al pensar que podía despertar a su padre. Una vez en el lecho, percibe el remover inquieto de su marido.

—Que temprano —murmura antes de besarla—, hueles a hembra. Y a alcohol.

Julia hace el amor con su compañero, anegada de una extraña felicidad, dejando crecer toda la alegría que estremece sus senos al recibir el deseo del hombre. Unas horas más tarde se levanta y se asoma a la terraza desde donde casi puede volcar el mar. Y se queda mirándolo, atraída por el misterio que la saluda y la nombra, como si hoy la vida le regalara unas olas de más, sintiéndose tan llena de amor como agua cabe en esa playa.

Es entonces cuando se gira y lo ve tendido en el sofá, desnudo ante una montaña de periódicos, ras-cándose la calva, metido en las enormes páginas de un semanario de economía. Lo contempla con esa forma suya de mirar que resume todo el cariño que le tiene y toda la soledad que la encumbra. Se decide, guiada tal vez por lo que escribo, se le acerca, lo acaricia y le dice:

—Quiero el divorcio.

Han pasado cinco años desde entonces, así, como en unas cuantas líneas. Ahora Julia trabaja en un periódico de provincias, tiene novia, deseos de envejecer en el campo y no piensa más que en el sexo. Ha escrito tres o cuatro piezas dramáticas, lle-

vado a escena otras cuantas y en su cabeza, en todo su ser, no ve más que sexo. A menudo se despierta con unas ganas irresistibles de masturbarse aunque, también a menudo, las prisas se lo impiden.

Acompaña a su hijo —que acaba de cumplir los ocho— al colegio y después se encamina hacia el autobús que la dejará a diez minutos de la redacción. Cada mañana se detiene ante un cartel que dice «La paz te está buscando», pasa junto a otro que asegura que «Ningún ser humano es ilegal», camina delante de la mezquita, se para frente al escaparate de una tienda de animales donde una ardilla grande y loca pega brincos negros sin cesar dentro de una jaula pequeña.

Al llegar a la parada hace la vista gorda con el carterista de turno que mete la mano en el pantalón de un extranjero y se lleva su cartera. Luego se queda dormida mientras los guiris contemplan extasiados el hermoso paisaje de la costa malagueña, a un lado el mar y las cañas de azúcar, al otro la Maroma nevada y los bueyes de labranza.

En la ciudad está de moda el Museo Picasso pero también los sucesos trágicos van dejando sus sombras. Ya se olvida el «No a la guerra» y los adictos a cursillos de abrazos se entremezclan por calles, oficinas y cafeterías con el resto de la tripulación.

En el trabajo, Julia recuerda la última vez que hizo el amor, hace tres noches, después de haberse tomado una botella de whisky y media de ron aliñada con chupitos de licor de miel. No sabe cómo sucedió pero cuando se vino a dar cuenta eran tres

en su cama. Mantiene las imágenes en su cabeza que se mezclan con las de los saltos de la ardilla loca mientras escribe de la Gran Fiesta de la Morcilla y del Cristo de la Banda Verde.

Entre palabra y palabra congela el amor en su cerebro y luego lo activa. Recuerda, por ejemplo, el sexo creciente y nervioso de él y la dulce curiosidad de la chica; él encima, ella debajo, Julia entre los dos, y el momento del orgasmo, de manos entrelazadas. Recuerda la penetración urgente y hermosa que derramaba todo su semen sobre la espalda de una y el vientre de la otra, apagando la luz diciendo:

—Parezco un personaje de Woody Allen, con dos chicas en la cama y los calcetines puestos.

Suena el teléfono. Es Lorena, la novia de Julia. Lleva una semana de porros y sofá, sin trabajo, enfrascada en la tristeza, puede que sea la gripe o la casa, para ella es duro estar siempre en casa sin mucho que hacer, excepto la compra en el mercado, seleccionar el pescado y la verdura fresca para ella y su marido —que también fuma porros—, cocinar para ella y su marido, ponerle el desayuno a su marido, limpiar la casa mientras su marido trapi-cha con chapuzas, acompañarlo, en definitiva, de esta manera que es la suya, y aguantar los reproches conyugales, que si busca trabajo, que si no tienes edad para holgazanear, que debemos la comunidad, que si vamos a la playa, que si me voy al fútbol con mis amigos y vuelvo otra vez, que si no vengas tarde el lunes que me tienes que hacer la comida, que si a ver si espabilamos que en toda tu vida tan sólo has

cotizado cuarenta días a la Seguridad Social, que qué sería de ti si yo no estuviera, que qué diría tu pobre madre si te viera, con lo que ha sufrido tu madre, que en paz descanse.

Entonces Julia piensa que ya no la puede salvar, ni siquiera con un concierto de Madredeus. Lorena es eso, una llamada, un pelo rojo al viento, unos ojos profundos, endemoniados y penetrantes que piden perder el sentido para ganarse el corazón, su propio corazón. Lorena también es la gana de drogarse, la protectora de animales, el desconcierto, la receta milagrosa, la chica sexy, la amiga de los viejos, la que ayuda sin saberlo, la que tuvo el mejor culo de la pandilla, la más manoseada del bar, la enamorada, la mujer más amada, el tiempo en su forma definitiva.

—Julia, se me ha ocurrido una idea —le dice—, pero necesito tu ayuda. Voy a pedir una paga de tonta delante de un tribunal. Quiero que me dirijas, que me ayudes a crear el personaje. ¿Tú cómo lo ves? ¿Un poco tartaja? ¿Crees que necesitaremos ensayar mucho?

En ese momento el jefe de Julia la hace pasar a su despacho, un cuadrilátero sombrío decorado con fotografías eróticas en blanco y negro.

—Eres una ciclotímica —le dice modulando cada palabra—, como todos en esta casa, y ahora estás en una mala racha. Este reportaje no tiene la más mínima gracia y tú te luces cuando quieres pero últimamente no sé qué te pasa, has perdido el interés.

Con sus uñas largas y afiladas, el jefe abre el cajón de su mesa del que saca un enorme libro, uno que bien pudiera ser la Biblia. Con su uña más punzante levanta la tapa de una pequeña caja labrada en oro y vuelca dos montañitas de polvo blanco. La provoca con una mirada turbia y luego le brinda el tubo metálico como un desafío.

Separarse de su marido supuso para Julia una gran liberación sexual. Sabía que algo la aguardaba y que él no estaba dispuesto a seguirla. Da igual quien lo deje y por qué. El caso es que aún sueña que hacen el amor. El caso es el sentimiento, ese que la llena como una bañera que se convierte en peligro, que la revuelca como a una niña entre las piedras. Pero se avanza, aunque ella no lo crea, aunque el movimiento pueda parecerle un dibujo. Ahí está, por ejemplo, la rotación de la Tierra y nadie se tambalea ni percibe traslado alguno.

Ya ha atardecido cuando Julia llega a casa. Su hijo está con los abuelos. Tiene gripe. En casa no hay luz, no se sabe por qué. Enciende tres velas: una de café, otra de vainilla y otra al chocolate. Entonces, se entretiene pensando en eso de “la paga de tonta” aunque pronto sus pensamientos la conducen a esa fuerza de Lorena, ese temblor que la sacude, le recorre los brazos extendidos, las manos, las yemas de los dedos hasta llevarla a un grito ahogado que muere en otro cuerpo de mujer, que la empuja de

lado a lado de la cama, que quiere más y no puede más, que dura minutos, que casi la hace llorar. Y ahora Lorena tiene un plan, un proyecto que da risa y que ha brotado del monedero vacío y de la falta de escenario, espacio vital para alguien como ella.

Julia está escribiendo una novela para no pensar siempre en lo mismo, su tercera novela inédita, pero no le sale. Se lía. Lo mezcla todo. Quiere hablar de muchas cosas y en definitiva no conoce bien ninguna. Se inventa un personaje, una asesina, una terrorista de 22 años, una niña mimada que vive en un castillo con su abuela. Le aburre lo que escribe. Tiene la sensación de vivir atrapada en la historia que otra se inventa. Daría cualquier cosa por volver al domingo, por ser tres en su cama o por estar ahora con su novia, todo menos aburrirse, todo menos el hastío. Todo.

Recuerda cuando a Lorena le bastaba con mirarla para vencer al mundo. Ya no. Nadie sabe hacia donde se encamina. Sólo pueden saber lo más inmediato y aun así les da miedo que no se cumpla.

Lo inevitable merodea por la ciudad provocando instintos, invocando otra lógica, cebando el deseo y Julia sucumbe a menudo. Cree en la felicidad y la procura. Se esfuerza si mira el mar o la luz, el fuego que tiñe las casas de su barrio atardecido o el campo verde en un extraño otoño. Intenta apartar el desasosiego, esa leve inquietud en la boca del estómago que la separa del mundo y la vuelve extraña. Tan sólo su hijo, quizá. Él la reconforta, le aporta bienestar cuando mira sus manos prometerse gene-

rosas, su hijo que cada noche se duerme con un «te quiero» entre el susurro y el sueño.

Julia recurre a otros para inventarse, se proyecta en labios amables, en gestos dóciles, en miradas que se alzan levemente y se estrechan de puro contento, se ve en otros y otras y se cuela en sus cuerpos como si fueran hogares definitivos y cálidos de puertas abiertas que la invitan a quedarse. Así quiere que todo funcione, sin averías ni disgustos ni sospechas de tiempos mejores ni peores.

En el teatro, al jefe de prensa se le olvida dejarles las credenciales. Lorena y Julia se quedan sin concierto. Deciden emborracharse con diez euros, es todo lo que tienen. Lorena dice que le ha despertado mucha ternura que se hayan quedado sin ver a Madreus después dos meses y medio esperando ese momento. Abraza a su novia y le asegura que lo importante es estar juntas, sea donde sea pero muy juntas. Llegan a la plaza de las mierdas y allí tropiezan con el coleguita de Genoveva.

—Me ha dejado —dice—. Me ha echado de su casa. Ahí tengo la mochila. ¿Me das un cigarrillo? Esta noche no tengo donde dormir, no sé qué voy a hacer. Genoveva me ha dicho que ya me vale. Yo lo entiendo. Pero también he cambiado mucho por ella. Ahora soy capaz de poner la lavadora. En mi puta vida le había dado al botón de una lavadora.

Sentado entre la caterva está también el Rober, un músico famosete, muy colega. Parece Valle Inclán fumando opio. Todos lo adoran. Luce una camiseta roja de algodón cien por cien en la que se

ha hecho serigrafiar su rostro a lo Che Guevara, silueteado en negro, con boina y todo. Debajo del careto puede leerse la siguiente frase: «Muerde el rollo». Roberto se lanza a los cuellos de las chicas como un vampiro. Después, su boca se desliza por labios, manos, pechos, hasta llegar al abrazo y a decirles con picardía:

—Mirad lo que tengo aquí. ¡Entradas para el concierto de Madredeus! Vamos juntos.

Llegan algo tarde pero como el Rober tiene un palco reservado, les permiten pasar. La voz portuguesa se esparce por todo el escenario, por todo el patio de butacas, por todos los rincones de la penumbra e inunda a Roberto por entero, tanto que no puede evitar llorar como un niño, con el corazón encogido.

—Me acuerdo de mi madre. Y de mi abuela. Me imagino sobrevolando el teatro con tu hijo como Peter Pan —le dice a Julia tomándole la mano con fuerza. Y así, los tres y la voz de Madredeus hacen que el escenario se quede vacío y que en ese momento no pueda existir nada más.

Al finalizar el concierto se ponen en pie y las luces de sala iluminan de nuevo el mundo real. Roberto grita «¡Guapa!» y algunos espectadores lo señalan, lo saludan desde lejos.

Al salir, pasa por allí un hombre cuya figura pudiera recordar a la de Cristo. Sus ojos patinan por los de Lorena y sigue adelante como pasa lo invisible, pero ella se fija en él, en sus pómulos salientes, en sus ojos grandes que parecen querer

explicarle tantas cosas, en su ropa descolorida y su porte mal trazado. Lorena cree haberlo visto antes. Hace un esfuerzo por recordar dónde y abandona enseguida ese insignificante propósito, distraída por el ansia de otra cerveza o de algo más fuerte.

La pareja regresa pronto a casa. Aún no ha vuelto la luz. Encienden una vela y se meten en la cama. Comienzan a amarse con desesperación, a abrazarse con fuerza, a exprimirse a lo bestia, a lo Matrix. Y se quedan dormidas. Por la mañana Julia despierta antes que el despertador. Se abraza a su chica por la espalda. A ella le encanta eso. Se hace la niña —y tiene cuarenta y cuatro años— y se deja acariciar para llevarla luego hasta sí, abrirle las piernas y buscar su humedad con la rodilla. Julia tarda —no quiere la rodilla— pero al fin, los arañazos en la espalda y la manera salvaje de morderle el cuello la voltean y su cuerpo se siente saturado de amor, oprimido, barnizado de intimidad, encendido por una corriente eléctrica que le atraviesa la piel hasta llegarle a los huesos y a la sangre, como si toda ella fuera una vasija que se llenara de luz. Una vez colmada, Julia va directa al coño de su compañera pero ésta no quiere. Le duele la cabeza. Julia se ducha, se viste y al volver hacen el amor. Lorena le rodea el cuello con fuerza, se diría que con cierto miedo. Julia se rinde ante una mujer precisa que esta vez se deja tocar como única seda del universo.

Su sexo está creciente, húmedo, lo mismo que un sumidero capaz de tragárselo todo. Llega al orgasmo con cierta suavidad, acaso con torpeza, nada de

escándalo, nada de extraordinario, quizá algo decepcionante para las dos, pero se abrazan y se quieren. No se pueden soltar. Julia se dice que debe haber algún remedio contra ese enganche tan fuerte. No quiere ir a trabajar, a la mierda la cultura, quiere quedarse con Lorena, toda la vida en la cama, hasta morirse de tanta tumbaera, de tanto amor, desvanecida, cardiaca, con ella.

—¿Qué es eso de la paga de tonta? —pregunta Julia.

—A mi vecino se la han dado, el de «ya no me la mames porque me he corrido», sí, ese que te dije que se hacía pajas en el salón de su casa y que cuando se iba a correr llegaba la madre con un cubo para que eyaculara.

La otra noche le oí decir «Ya sé de qué te vas a disfrazar. De papasa. Te envolvemos en papel de aluminio y te ponemos una peluca de ketchup encima de la cabeza». Quería decir de ¡papa asá! Si me hago la tonta puede que el Estado me dé una paga, ¿te imaginas? Para eso sí que hay que ser lista. Me lo tengo que currar, hacerles creer que soy una inútil, que no puedo trabajar en nada ni sé buscar-me la vida. ¿Me vas a ayudar? Nos lo tomamos como un monólogo, preparamos el personaje, las posibles preguntas y posibles respuestas, el vestuario, todo...

—Ya. El papel de tu vida. Puedes ganar más dinero que en un culebrón.

Julia y Lorena se han contado sus pasados decenas de veces, al detalle, con el sentimiento que provoca

la distancia. Lorena, que nunca fue madre, se sabe de memoria lo que es tener un hijo, el de Julia y las ciudades en las que ha vivido o por las que ha viajado su amiga, y ésta se conoce los dorados ochenta en Madrid, la ciudad donde nunca vivió pero que Lorena exploró durante diez cortos años. La una conoce los hombres que han dejado huella en la otra y en momentos de quietud, imaginan sus rostros, aquellos que nunca vieron, sus cuerpos, los que nunca tocaron, se dejan dominar por fantasmas, intentando comprender lo que la otra vivió o pueda vivir aún. Conocen cada éxito y cada fracaso ajeno. Julia almacena las veces que Lorena ha estado a punto de conseguir la fama, siempre a punto pero no, siempre al filo del poder de la pantalla pero agarrándose a las entrañas más profundas del anonimato, en un maremoto de pereza e indecisión.

El dormitorio de la periodista parece cubano. Las manchas de humedad son cada vez mayores, el olor más penetrante y las perforaciones se ocultan tras cartones para que no entren cucarachas o algo peor.

Por la mañana tiene una entrevista con Auxilio Toro, una dramaturga sevillana algo maldita, más por ella misma que por los demás, que según afirma están hartos de su visión del mundo. Han quedado en una cafería del paseo marítimo. Julia acorta camino por la calle Granada. Son algo más de las diez y el puesto de claveles y siemprevivas ya está instalado junto al de estampas marianas, frente a una iglesia de piedra roja. Un joven flautista pide limosna para sus siete perros.

—Una monedita, señor, una monedita, señora ¡Ay, señora! ¡Pues no te he dicho “señora”! Es la costumbre, ¿sabes?, de pedirle a las marujas que salen de misa.

—No llevo dinero.

—Bueno, morena, échame la buena suerte por lo menos ¿no?

—Ojalá pase un guiri y te quite de trabajá.

—¡Ay, ay! ¡Un billete pa un filete!

En la plaza del Obispo una gitana corre tres unos italianos a la vez que les brinda un manojito de romero. Otra elige a un tipo solitario de cámara al cuello y gafas de sol.

—Toma, guapo, es regalao. Dame la mano que te voy a leer la buenaventura. Si no te gusta, no me tienes que dar ná.

A Julia ni se le acercan. Ella sabe que el truco está en no mirarlas siquiera, en eso notan que es de la tierra, que es de aquí, que está tan hecha a verlas actuar que ya no provocan en ella la más mínima curiosidad. En cambio, para los ojos del forastero, estas mujeres se vuelven algo exótico. La periodista llega con media hora de adelanto y aprovecha para fumarse un pitillo frente al horizonte y entregarse a las gaviotas, aves por las que siente una predilección especial. Observa sus sombras en la arena, sus reposos sobre el agua.

—El mar es la oferta del día —se dice.

Se siente bien, el sol le ha maquillado el ánimo. Se encamina a la cafería, la playa queda atrás, cuando de repente la gente comienza a correr en todas

direcciones. Algunos gritan aterrorizados, otros están pálidos y buscan refugio en los ojos de los desconocidos. Suenan sirenas de la policía, se bloquea el tráfico, «una amenaza de bomba», escucha decir a una anciana, ¡una bomba!, y se aleja procurando conservar la calma, mirando los coches aparcados como amenazas y entra en una iglesia que encuentra a su paso.

—La vida es una bomba envuelta en papel celofán —se dice mientras reza delante de un cristo gitano.

El artefacto ha explotado varias cuadras más arriba. «No ha habido daños», eso le dice la policía, así que sigue su camino y llega a la cafetería donde todo es agitación, donde suena el televisor por encima del murmullo de los parroquianos felices por seguir enteros, por estar todavía aquí, entre estas líneas, atrapados o dejándose llevar, sintiéndose incluso protagonistas cuando no son más que personajes de relleno que ni siquiera podrán contar que han sobrevivido al acto terrorista. La calma no tarda en llegar, una calma abominable que se filtra entre las prisas de los oficinistas y sus obligaciones. La vida no se detiene.

La última obra de esta dramaturga se llama *Jungla flamenca*, una historia con estructura clásica griega adaptada al kitsch en la que la protagonista se llama Ovnipotencia y acaba abducida por los extraterrestres. Es una obra imaginativa, de mucho ingenio. La mujer, de unos cincuenta años, conversa lanzando gritos de lucidez y razón:

—El mundo ha cambiado mucho. Antes la catarsis se producía cuando el espectador se identificaba con el héroe y sufría con él su dolor. Ahora, cuanto más alejados estemos del héroe, del dolor, mejor. Negamos la realidad, la transformamos a nuestro gusto.

Al terminar, Julia pasa por la zona afectada, pasa de lejos, lo suficiente para ver asomar las raíces de un árbol que ha sido tumbado y la sangre en el suelo cubierta de plumas blancas, «una gaviota» —le dice un señor de unos sesenta años— «lo he visto todo, tan sólo ha pillado a esa gaviota». Y Julia se pregunta cómo puede palpitar tanta vida debajo del asfalto.

La charla con esa mujer de teatro, de auténtica vocación y talento, despierta de nuevo en Julia las ganas de escenario y se le ocurre un personaje para Lorena, un clown, la payasa Nitroglicerina. Una vez en casa, después de prepararle la cena al pequeño, se entrega al plan de trabajo, con su horario de ensayos, su propuesta de ejercicios de calentamiento, la búsqueda del método más adecuado para sacar de Lorena una sonrisa creíble. Se imagina una posición corporal concreta, una manera de estar, de caminar y piensa en cómo lograrlo. Comienza a apasionarle lo que en un principio le parecía descahellado, ahora quiere creer en el nuevo proyecto y eso la hace un poco más feliz, aumentan sus fuerzas y se decide, guiada tal vez por lo que escribo, a llamar a Lorena, aunque sea jueves, aunque los jueves nunca se llamen, no por falta de ganas, sino por no interrumpir la rutina de cada cual, un absurdo res-

peto que se han impuesto sin saberlo. La llama y le pide que se venga a casa, aunque sea tarde, que se quede a dormir, que tiene una botella de vino para las dos, una idea que compartir y muchas ganas de verla. Pero Lorena se niega, le da pereza y además le está preparando la cena a su esposo, habas con jamón, van a cenar juntos y luego puede que venga su cuñado con algo de costo y cocaína.

—No pasa nada, lo entiendo. Un beso. Ya me llamas tú el sábado. —Entonces se siente sola.

Antes de que vuelva la noche, Julia sale al campo con su hijo y su perra. Para el niño y el animal la vida y el campo son un mismo juego, un lanzamiento de piedras, de ramas secas, unas cuantas carreras, al menos eso es lo que piensa la madre mientras sorteas desniveles con cuidado. En el viejo roble tropiezan con una pareja de ardillas libres, bañadas por una luz mansa de auras doradas. Se quedan mirándolas. Son unas descaradas que saltan tranquilas de rama en rama y no sienten miedo ante la presencia de los extraños, todo lo contrario, parecen exhibir su magnífico equilibrio, la elegancia de sus gestos, y es entonces cuando a Julia le brota el llanto, tratando de disimularlo, no quiere que su hijo la vea llorar, así que prosiguen el paseo como fantasía de un bosque que no existe, un bosque de árboles cortados, abatidos, fantasía de un bosque nuevo porque ella nunca pensó que este

campo seco y sucio pudiera conservar todavía rincones tan hermosos.

Ya ha caído la noche, una de tantas. Julia ha quedado con unos amigos en un bar mientras Lorena —que ha encontrado trabajo— se pasa nueve horas seguidas a catorce kilómetros de allí, sirviendo copas a cuarentones adinerados y a sus amantes, fregando vasos y preparando ciento y pico canapés por minuto a la vez que sueña con un escenario.

—¿Le has puesto ya el queso a la rata? —le pregunta Lorena al Turco, su jefe, que le había encargado un trozo de queso, «el más curado que encuentres», para ponerlo en la trampa de la rata que vive en el almacén, donde él duerme los fines de semana, después de cerrar el bar. Cada sábado, a Lorena le toca hacerle la cama que está llena de excrementos del roedor y se imagina al Turco dormido y la rata saltándole encima como un perro fiel, panza arriba, con las patitas tiesas, la lengua fuera, suplicando que le rasquen la barriguita.

—Me lo he comido —contesta el Turco.

Antes de pedir las copas, Julia y sus colegas ya están en el baño con la blanca por delante. La periodista aspira con fuerza para que la droga le llegue directamente al cerebro. De esta manera aniquila las horas, de la barra al baño, del baño a la barra, sorteando las miradas de deseo de los chicos embebidos, evitando conversaciones, mecida por un rock agreste, rota por el volumen de la noche. Decide volver a casa antes de sentir ganas de vomitar. Un tipo la sigue hasta el taxi y la acompaña.